

OJOS Y CAPITAL
REMEDIOS ZAFRA

OJOS Y CAPITAL

REMEDIOS ZAFRA





Deseamos que disfrutes de este libro.

Si tienes interés, este archivo te puede facilitar el acceso a su formato impreso.

Envía este ebook a distribucion@consonni.org y
nos pondremos en contacto para informarte de los pasos a seguir.

Autora

Remedios Zafra

Corrección

Sonia Berger

Diseño de la colección

Maite Zabaleta

Maquetación

Zuriñe de Langarika

Ilustración de la autora [haz click para ver imagen](#)

Josunene (Josune Urrutia Asua)

Edición

consonni

C/ Conde Mirasol 13-LJ1D

48003 Bilbao

www.consonni.org

ISBN: 978-84-16205-36-3

Primera edición enero de 2015, Bilbao

Segunda edición junio de 2018, Bilbao

Edición en formato digital: junio de 2018

Esta obra está sujeta a la licencia Reconocimiento-NoComercial- CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0). Los textos y traducciones pertenecen a sus autoras/es. La reproducción de imágenes de la obra se realiza a modo de cita, justificada por el fin de investigación de la obra.

consonni es una productora de arte contemporáneo sin ánimo de lucro y una editorial especializada localizada en Bilbao. Desde 1996, consonni invita a artistas a desarrollar proyectos que generalmente no adoptan un aspecto de objeto de arte expuesto en un espacio. consonni investiga fórmulas para expandir conceptos como el comisariado, la producción, la programación y la edición desde las prácticas artísticas contemporáneas. consonni propone registrar las diversas maneras de hacer crítica en la actualidad y de crear esfera pública, con los

feminismos como hoja de ruta. La editorial cuenta con tres colecciones: Proyectos, Paper y Beste.

PAPER

OJOS Y CAPITAL



[...] actualmente, a medida que tantos luchamos con la manera de definirnos en el mundo moderno, existe una amenaza mayor que la pérdida de privacidad: la pérdida de visibilidad. En nuestra sociedad hiperconectada, muchos de nosotros solo queremos que nos vean.

Umberto Eco

Nosotros, los conectados, desde siempre sabemos que el ojo es el órgano. ¿Qué sería de Internet sin un ojo que lee o mira o que evita ser mirado o que quiere ser mirado? El ojo necesita saber de otros ojos, aunque ya no los mire de frente. El ojo necesita ejercitarse como unos genitales erectos, un ojo está erecto la mayor parte del día, apenas descansa.

Laura Bey

~~No me mires. NO me mires. NO ME MIRES.~~

Jan Ekato

PREFACIO. "MIRANDO EL VER"

Esta que escribe tiene cuerpo con ojos. Sueña (esta que escribe) con ojos biónicos capaces de ser reparados con facilidad. No me importaría graduarlos con botones, como cuando manejo el minúsculo telescopio que me han recomendado para ver los nombres de las calles y los horarios de vuelos y trenes en esos *no lugares* que habitan. No pocas veces la lente que permite enfocar “da existencia”. Es la diferencia entre *ser* o *difuminarse*. De eso trata este libro.

En algún momento reciente soñó este ensayo con una segunda edición narrada y con voz, subversiva con los tiempos y útil para los que derivan a un mundo más borroso u oscuro por una visión mermada, o simplemente se toman un respiro del “ver sin descanso”. Pero también por la íntima poética del contraste, que es como la poética del azar y de la suerte y que, inesperadamente, hace convivir en la misma frase al que abraza y al que se quedó sin brazos, un hablar de *ojos* cuando la visión se oscurece.

Ver poco es como percibir de otra manera. Más lento, más interior, como un replegarse a veces, o quedarse mirando (desde dentro) la lente que es el ojo. Cuando Juan (Martín Prada) lo descubre me dice que “miro el ver”. Juan sabe, porque es compañero de finísima mirada, tan

cercano a mí y a lo que escribo, que no pocas metáforas e ideas que aquí se hilan le pertenecen o se detienen a ser descritas porque en algún momento él las miraba. Con seguridad y gratitud son las que más brillan.

Pero les decía que para esta segunda edición había imaginado acompañar estas páginas con un libro que no precisara ser visto, sino ser escuchado, sobre el que no cabría ya la hojeada, un libro-voz capaz de resistir la lectura como vistazo de nuestras derivas online. Imaginen una voz trémula con sus titubeos roncós y aire contenido que les lee este ensayo, a ratos una voz máquina. Ni consonni ni yo perdemos la esperanza de hacerlo algún día.

Por ahora, este ensayo sobre ojos y capital que ustedes comienzan es un libro para ser visto y leído, una obra que busca describir en algunas de sus formas el tiempo que vivimos. Un libro que también podría haberse titulado “Cultura-red”. Sin embargo, son la mirada y las lentes políticas y económicas que configuran esta cultura mediada por pantallas las que funcionan como punto de entrada e hilo conductor. Y lo hacen proponiendo que los ojos y el capital son monedas cada vez más igualadas, que ambos nos hablan de nuevos sistemas de valor, poder e identidad en un mundo excedentario en lo visual y siempre conectado.

Porque, ¿cuánto vale ser visto por unos ojos, cuánto por un millón? ¿Qué poderes generan valor en lo que es objetivado porque ha sido visto y cuantificado? ¿Por qué *existir* en el mundo es equiparado por muchos a *ser visto* en Internet? ¿Qué damos a cambio cuando vemos y cuando somos vistos en la red? ¿Qué estamos dispuestos a dar y a perder por lograrlo? ¿Cómo resistirse a que el mundo venga ya interpretado en sus formas de *verdad* ante el exceso de yoes luminosos movidos por datos y capital? ¿En qué nos interpela, acaricia o inquieta la mirada del otro como vínculo entre iguales (su política, su ética, su amor)?

Estas preguntas se entrelazan en este ensayo, para el que cabe tener presente aquella clave maussiana que sugería “la obligación de dar,

recibir y devolver” como principio latente e incrustado en las formas cotidianas de relación y creación de valor de distintas culturas y tiempos. Hoy la lógica inmaterial de intercambio simbólico de esta cultura se sustenta fuertemente en la imagen; el sujeto, intensamente en los ojos. Ambos protagonizan lo que damos, recibimos y devolvemos en Internet inscribiendo diferentes obligaciones, en su mayoría camufladas de elección y reiteradas por las empresas que se disfrazan de espacio público online.

Por último, también vendrá bien a quienes lean este libro saber que fue escrito al mismo tiempo que *Los que miran*, novela en un principio titulada *Lamer la imagen*. De manera inevitable se entrecruzan como caras A y B de asuntos que aparecen como ondas cuando hablo de *multitud, miedo, ética, trabajo y pantallas*. Los nodos de intersección no son casuales pues confluyen; porque solo la ficción (allí y aquí) permite narrar, en unos casos, la especulación sobre las nuevas formas de colectividad que los tiempos favorecen. Y en otros, la necesaria imaginación de los sujetos atrapados en su dolor, en sus tiempos, imágenes y trabajos, cuando la única compañía garantizada es hoy la tecnología. Varios hilos salen de *Ojos y capital* hacia *Los que miran*, y algunos otros hacen de raíz de mi libro más reciente (*El entusiasmo*), porque los libros se acotan solo artificialmente pero en esencia son como líquidos y fluyen.

Hay palabras dotadas de poder para reptar por el suelo. Tienen que ver con los pies y con las manos, con la textura de lo blando y de los cuerpos, con la orina y con la tierra, con la pobreza y con las cosas groseramente digestivas. Merodean el recuerdo de los primeros sabores, el aroma a hojas quemadas y las manos frías de alguien que te importa; palabras que de pronto en el exceso cotidiano de teclas e imágenes te sorprenden, ¡caramba, hay cuerpo! Son sobre todo palabras del tocar y del oler, de la muerte, de la boca y de la carne.

Pero hoy, sin embargo, todo parece venir de un universo de palabras que nacen de los ojos y que nos resistimos a llevar al suelo. Son palabras que nos sirven para los mundos inventados y los mundos representados, esos que salen de máquinas y superficies rectangulares y rutinarias, pero “como mágicas”, con luz propia, que apenas acumulan materia, salvo las capas de polvo y piel muerta que reposan en las 5, 11 o más pulgadas. Estas palabras surgen de los ojos porque se elevan, como flotando. E incluso cuando vienen de las pantallas se nos ubican enlanzando la mirada, desde pequeños aparatos móviles en nuestras manos, ordenadores y dispositivos electrónicos en las mesas, a proyecciones en edificios, transportes y paredes. Cada vez más estas palabras salen, viven y conforman el mundo cotidiano y limpio de las *imágenes sin carne*; un mundo penetrado por microtecnologías que nos hacen *ver* (de otras muchas maneras) sin dejarnos verlas, ni a ellas ni al poder que las sustenta.

El mundo del que quiero hablarles se describe especialmente con palabras que rodean a los ojos y las máquinas, pero quiere conversar (sin considerarlas opuestas) con palabras que reptan por la tierra, hilando los ojos a los dedos, a las zapatillas de andar por casa, al dinero para vivir y al sobrante, a la habitación donde escribo, similar a la que ustedes habitan quizá ahora, alternando esta lectura con la demanda de sus dispositivos móviles. El mundo de *ojos y capital* del que quiero

hablarles se pregunta si hoy habrá formas de recuperar la conciencia sobre *lo que vemos y lo que implica*, allí donde las cosas se nos aparecen ahora abiertas en infinitas capas y resoluciones, desde tan cerca que casi nos respiran y desde tan lejos que cruzan de nube a satélite; multiplicando de manera inabarcable en posibilidades lo que los ojos con la máquina pueden y el *valor* que confieren; fascinados en ocasiones, o solo entretenidos; colaborando en aplazar la precariedad de nuestros días, las desigualdades que antes no conocíamos o no queríamos ver, las imágenes de mundos cuantificados estadísticamente en la red (excluidos de lo que importa si no son vistos y ordenados según visitas y ojos recopilados). Mundos que ensayan diariamente su disipación y borrado posible, su carácter no definitivo que les reclama inventarse “cada día”.

Estos escenarios quieren aquí ser atravesados también con esas otras palabras dotadas de poder para reptar por el suelo, que interpelan sobre la cultura material y, muy especialmente, sobre las nuevas formas de *valor y desigualdad*. Pero, ojo, su dialéctica no aspira aquí a descubrir un enésimo movimiento revolucionario. Si acaso, pretende identificar desarrollos contradictorios de la transformación capitalista de un mundo conectado (*cultura-red*), excedentario en lo visual y trucado en la preeminencia de lo económico frente a auténticas formas de política y ética (ausentes o neutralizadas hoy y, en algunos casos, transformándose en “lo social”), recordando que en lo que vemos y en lo que damos en la cultura-red también “nosotros” vamos adjuntos...

Hay palabras dotadas de poder para reptar por el suelo. Tienen que ver con los pies y con las manos, con la textura de lo blando y de los cuerpos, con la orina y con la tierra, con la pobreza y con las cosas groseramente digestivas. Merodean el recuerdo de los primeros sabores, el aroma a hojas quemadas y las manos frías de alguien que te importa; palabras que de pronto en el exceso cotidiano de teclas e imágenes te sorprenden, ¡caramba, hay cuerpo! Son sobre todo palabras del tacto y el olfato, de la muerte, de la boca y de la carne.

Pero hoy, sin embargo, todo parece venir de un universo de palabras que nacen de los ojos y que nos resistimos a llevar al suelo. Son palabras que nos sirven para los mundos inventados y los mundos representados, esos que salen de máquinas y superficies rectangulares y rutinarias, pero "como mágicas", con luz propia, que apenas acumulan materia, salvo las capas de polvo y piel muerta que reposan en las 5,11 o más pulgadas. Estas palabras surgen de los ojos porque se elevan, como flotando. E incluso cuando vienen de las pantallas se nos ubican enlazando la mirada, desde pequeños aparatos móviles en nuestras manos, ordenadores y dispositivos electrónicos en las mesas, a proyecciones en edificios, transportes y paredes. Cada vez más estas palabras salen, viven y conforman el mundo cotidiano y limpio de las *imágenes sin carne*; un mundo penetrado por microtecnologías que nos hacen ver (de otras muchas maneras) sin dejarnos verlas, ni a ellas ni al poder que las sustenta.

El mundo del que quiero hablarles se describe especialmente con palabras que rodean a los ojos y las máquinas, pero quiere conversar (sin considerarlas opuestas) con palabras que reptan por la tierra, hilando los ojos a los dedos, a las zapatillas de andar por casa, al dinero para vivir y al sobrante, a la habitación donde escribo, similar a la que ustedes habitan quizá ahora, alternando esta lectura con la demanda de sus dispositivos móviles. El mundo de *ojos y capital* del que quiero hablarles se pregunta si hoy habrá formas de recuperar la conciencia sobre *lo que vemos y lo que implica*, allí donde las cosas se nos aparecen ahora abiertas en infinitas capas y resoluciones, desde tan cerca que casi nos respiran y desde tan lejos que cruzan de nube a satélite; multiplicando de manera inabarcable en posibilidades lo que los ojos con la máquina pueden y el valor que confieren; fascinados en ocasiones, o solo entretidos; colaborando en aplazar la precariedad de nuestros días, las desigualdades que antes no conocíamos o no queríamos ver, las imágenes de mundos cuantificados estadísticamente en la red (excluidos de lo que importa si no son vistos y ordenados según visitas y ojos recopilados). Mundos que ensayan diariamente su disipación y borrado posible, su carácter no definitivo que les reclama inventarse "cada día".

Estos mundos quieren aquí ser atravesados también con esas otras palabras dotadas de poder para reptar por el suelo, que interpelean sobre la cultura material y, muy especialmente, sobre las nuevas formas de *valor y desigualdad*. Pero, ojo, su dialéctica no aspira aquí a descubrir un enésimo movimiento revolucionario. Si acaso, pretende identificar desarrollos contradictorios de la transformación capitalista de un mundo conectado (*cultura-red*), excedentario en lo visual y trucado en la preeminencia de lo económico frente a auténticas formas de política y ética (ausentes o neutralizadas hoy pero transformándose en "lo social"), recordando que en lo que vemos y en lo que damos en la cultura-red también "nosotros" vamos adjuntos...





**MIRAR
(COMER/CAMBIAR/RENTABI
LIZAR/CERRAR/TAPAR) LOS
OJOS**



No se puede mirar a los ojos de aquel al que te piensas comer ni de aquel que te piensa comer. Tal vez por ello sea razonable sospechar que un niño¹ tape los ojos de su muñeco para “que no vea” algo que inquieta, pensando quizá que la conciencia en el cuerpo son los ojos y que no ver una realidad (como ignorarla) evita un sufrimiento incompatible con la vida. Quiero decir, con la vida de antes del ver lo que punza. Pero puede que ese tapar los ojos no implique la protección de la mirada frente al mundo, sino la protección de los ojos frente a la máquina-ojo que nos mira “a nosotros”, un posicionamiento, un “no querer ser visto” por alguna razón que incomoda, un “no me mires”, “no los mires”. Como ese gesto espontáneo de taparnos la cara (y en ella los ojos) cuando inesperadamente alguien nos sorprende buscando una foto.

Hoy, sin embargo, la gente de esta parte del mundo ya apenas se mira directamente a la cara, media casi siempre una pantalla. Y la pantalla comienza a habituarnos a todo, y suaviza la realidad visualizada, y deja atrás (como recuerdo pasado de cuando frente a los otros llevábamos puesto el cuerpo) el olor, el tacto y la certeza de realidad de las cosas que arrastran la vulnerabilidad del mundo material. Ahora aquí casi todo es *imagen sin carne*².

La pantalla como profiláctico de la mirada evita el malestar antiguo de fagocitar a la cara la intimidad de la gente. Los ojos son aprehensivos si son vistos con sus brillos y estrellas porque llevan el sujeto detrás, a cuestas, incluso cuando el rostro se reduce a su mínima expresión de presencia o al simbolismo de dos puntos negros, “*sistema pared blanca-agujero negro. Ancho rostro de mejillas blancas, rostro de tiza perforado por unos ojos como agujero negro. Cabeza de clown, (...) Pierrot lunar*”³. Pero si se dan escondidos en la pantalla parecieran más autónomos y liberados de responsabilidad en el otro, relajados en su búsqueda insaciable de “ver” y en la tranquilidad de desaparecer (pero seguir viendo) sin consecuencias.

Antes, si lo que estabas tentado a engullir con la mirada te dolía, siempre estaban las manos para proteger los ojos. Ahora, las manos son

otro tipo de apéndice del ojo. Los dedos a golpe de ratón o acariciando la pantalla son el párpado que abre o cierra para lamer o no (casi siempre sí) la imagen.

Y en el excedente de imágenes, que son excedente y son contingencia, derivan los ojos hoy, fascinados por la adicción del ver(lo todo) y poder ser vistos (siempre) mientras el cuerpo descansa al otro lado, generando un exceso de cosas que entretienen, interesan o seducen. Y son cosas en apariencia sobrantes y prescindibles pero que el ojo aprende a sentir necesarias. Sobre todo si la vida al otro lado, desde la materialidad del sujeto a cuestas, es soportable pero también precaria y duele, especialmente cuando el mundo se percibe desigual y angustioso, y nosotros como perdidos.

Me refiero a ese equilibrio sutil de las personas maltratadas por el sistema, despojadas hoy de tantos derechos pero aún con unos mínimos que evitan su rebeldía, la posibilidad de levantarse y valerse de la red siendo multitud sobrecogedora, casi lo que en otro tiempo llamábamos “pueblo”. Neutralizados ellos (nosotros) bajo imágenes y lazos de ojos que, frente a antiguos vínculos políticos y morales que hablaban de identidades de *pertenencia*, ahora cohesionan ligera, mínimamente, hablando de identidades de *comparecencia*; multitudes de personas solas y unidas por ojos que nos hacen sentir conectados y entretenidos en pantallas que tejen una nueva idea de *lo real*.

La hipótesis que sugiero en este ensayo apunta a cómo en la contemporánea primacía del ver a través de las pantallas, la experiencia se sostiene cada vez más en lógicas que disuelven viejas formas de colectividad y que condicionan cuantitativamente los nuevos regímenes de valor y reconocimiento del otro, a través del control de la visualidad y la exigencia de velocidad. Lo que considero es que, entregados al exceso del habitar en red, hoy el sistema se pervierte poniendo en juego dos ganancias sustanciales: *el poder sobre la gestión tecnológica de la visibilidad como garantía de existencia y valor, y la auto-implicación en lo que entregamos en las redes de manera más o menos consciente para nuestra propia dominación*.